

Quadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  del fuego

Leyendo el *Manifiesto*

Alberto Bonnet



La idea de una clase trabajadora que fuera capaz de auto-emanciparse acaso haya sido la idea rectora del *Manifiesto Comunista* a mediados del siglo pasado. En nuestro mundo de fines del siglo veinte, de retroceso de los trabajadores en la lucha de clases y certificados de defunción respecto de la centralidad política del trabajo, esta idea es cuestionada y merece un renovado análisis.

En Marx, la identificación de la clase trabajadora como sujeto revolucionario fue producto de un complejo proceso de reflexión teórica que recorre toda su obra, de su crítica a la concepción hegeliana de la universalidad del estado —en los escritos de juventud— a la crítica de las teorías del valor-trabajo de la economía política. Pero el *Manifiesto* ocupa una posición clave: es la bisagra entre ambos momentos de la crítica marxiana y, más importante aún, nace urgido por esa primera gran oleada revolucionaria generalizada del proletariado europeo que son las revoluciones del 48.

Marx atravesía en las páginas del *Manifiesto* distintos niveles de abstracción, yendo —en el sentido

dialéctico de los términos— de lo abstracto a lo concreto. La clase trabajadora como sujeto capaz de auto-emanciparse no es un simple dato, sino el producto de un proceso de reflexión que implica partir del proletariado en su calidad de mera masa de obreros (*Arbeitermassen*) dispersa por la competencia, construir la noción de clase como sujeto, y de ahí volver a las específicas alianzas de clases que operaran como sujetos históricos empíricos.

La lucha de clases, la lucha de los trabajadores contra la burguesía, juega un rol clave en esta construcción. Y esto, precisamente, porque Marx no apunta a construir una noción de clase como objeto, que ya por entonces había alcanzado la economía política clásica (a partir de la distinción entre diferentes fuentes de ingreso) y sería posteriormente desarrollada por la naciente sociología burguesa. Y porque, menos aún, apunta a detenerse irreflexivamente en una noción vaga de proletariado como masa amorfa de desposeídos motivo de caridad filantrópica o reformas humanitarias. La lucha de clases es un componente inseparable de esta construcción porque Marx apunta a una

noción de clase como sujeto, sujeto de lucha y emancipación.

Muchas variantes economicistas y populistas del pensamiento de izquierda omitieron estas distinciones. Pero interesa más bien resaltar su omisión en los certificados de defunción, tan a la moda en nuestros días, respecto del proletariado y de la centralidad del trabajo. En algunos casos, se declara a la enajenación del trabajo en los capitalismos avanzados como un hecho consumado, relegándose las razones más profundas que sustentan la centralidad del trabajo a un “hegelianismo” marxiano contrario a toda verificación empírica (Gorz). Un reflujo de la lucha de clases (más precisamente, el reflujo posterior a la revuelta del 68) condujo a muchos intelectuales de izquierda a su reflujo respecto de la crítica misma. La crítica requiere, en efecto, una reflexión que no se agota en variables inmediatas de la coyuntura. En otros casos, ni siquiera median estas circunstancias. Se asocian datos sociológicos con categorías decididamente abstractas (tales como, en muchos usos, las del par “racionalidad instrumental / comunicativa”) y se concluyen mudanzas históricas que no sólo afectan la centralidad del trabajo, sino incluso el propio carácter capitalista de las sociedades contemporáneas (Offe). Todavía más: no faltan quienes encuentran facetas emancipadoras en la precarización del empleo y el desempleo pos-

thatcheristas (Pahl) o quienes disparan confusas disquisiciones posmodernistas desde la pobre plataforma de visiones del problema del desempleo que no revisten la menor seriedad (Vattimo).

¿Dónde se encuentra el problema? En las diferencias que aparecen en la confrontación entre las páginas del Manifiesto u otros textos marxianos y realidades actuales. En una primera lectura parece quedar en evidencia el desmedido optimismo con que Marx describe, en términos de una linealidad cuasi-evolucionista, el proceso de desenvolvimiento de la clase como sujeto. En efecto, dicho proceso es descripto como mero producto del crecimiento, la concentración espacial, la homogeneización interna y la pauperización del proletariado ocasionados por el desarrollo de la gran industria, que serían automáticamente acompañados por el avance de una lucha de clases que adquiere enseguida dimensión nacional y carácter político y por la conciencia proletaria. ¡Pero nada de esto es hoy así!, puede clamar uno, y acto seguido certificar la defunción del Manifiesto.

El único inconveniente es que uno no puede certificar la defunción de algo que ya estaría bien muerto: si uno confronta las páginas del Manifiesto con la realidad del desenvolvimiento de las clases trabajadoras europeas de mediados del si-

glo pasado, tendría más motivos aún para certificar una prematura defunción. Entonces nos quedan dos opciones: o bien declarar que Marx estaba completamente loco cuando describía ese desenvolvimiento de la clase trabajadora, o bien que Marx no estaba haciendo descripción alguna, sino otra cosa. La primera respuesta puede ser tentadora, debido a su simplicidad, para algunos ex-izquierdistas. (Porque los ex-izquierdistas son siempre partidarios de simplificar las cosas: es más sencillo olvidarse del marxismo que asimilarlo críticamente, así como es más sencillo adaptarse al capitalismo que combatirlo). La segunda, en cambio, es una respuesta más desconcertante: ¿qué hace Marx en esas páginas del Manifiesto?

En realidad, Marx esboza en el Manifiesto una compleja construcción teórica, que avanza atravesando diferentes niveles de abstracción, de la noción de clase trabajadora como sujeto. Se trata de la construcción de una posibilidad objetiva, la posibilidad de una clase que sea el sujeto de su propia emancipación y de la emancipación de la humanidad en su conjunto. La legitimidad de esta construcción es un puro desafío, y no sólo para la teoría, sino también para la práctica revolucionaria.

El Manifiesto esboza las “fases más generales (*allgemeinsten Phasen*) del desarrollo del proletariado”.

¿Son entonces tan “generales” que no pueden confrontarse con realidad alguna? Y de ser así ¿para qué sirven? Pueden confrontarse con la realidad de nuestros días y siguen sirviendo para la práctica revolucionaria. Por más paradójico que pueda parecer, la posibilidad de examinarlas críticamente en nuestros días es la mejor prueba de su pertinencia. En estas páginas del Manifiesto se hallan auténticos problemas que merecen ser discutidos desde una perspectiva socialista. Mencionaré apenas tres de ellos.

El primer problema está encerrado en la identidad que Marx establece entre lucha de clases y lucha política: “toda lucha de clases es una lucha política”, que deviene luego identidad entre clase y partido: “esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político...”. Son sorprendentes, parecen diferenciar el pensamiento político marxiano de la doctrina que sería posteriormente consagrada como “marxismo ortodoxo”. Los criterios de diferenciación entre lucha económica y lucha política, entre clase sindicalizada y partido de vanguardia, criterios más tarde consagrados, parecen aquí desdibujarse. Esta manera de introducir la dimensión política de la lucha de clases es un punto de partida insoslayable para la política socialista de hoy, pues parece cerrar de antemano el camino a las

prácticas sustitucionistas que siguen acarreando lamentables consecuencias. Pero es apenas un punto de partida: la cuestión reaparece una y otra vez -en el capítulo II, etc.- y queda abierta. El problema de fondo es que, estrictamente hablando, en la sociedad capitalista lucha de clases y lucha política, organización de clase y partido político, no tienden a coincidir automáticamente. Tienden más bien a escindirse como formas diferenciadas de unas mismas relaciones sociales: como economía y política, asalariado y ciudadano, sindicato y partido, lucha económica y lucha política, y así sucesivamente. La doctrina leninista fue una respuesta a estas escisiones bajo condiciones históricas específicas. Imaginar y construir nuevas respuestas, acordes con las condiciones del capitalismo contemporáneo, es uno de los desafíos centrales para la teoría y la práctica socialista de nuestros días.

El segundo problema se encuentra en esa sucesión que Marx parece trazar entre las fases nacional e internacional de la lucha de clases: "por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primariamente una lucha nacional". Aunque sin plantear una concepción etapista de la revolución, por supuesto, Marx sostiene que los primeros momentos del desenvolvimiento de la clase trabajadora como sujeto se circuns-

criben a una esfera nacional, idea que es perfectamente adecuada a las condiciones del capitalismo de mediados del siglo pasado. Empero ¿sigue siendo adecuada ante el grado de mundialización alcanzado por el capital a fines del presente siglo? En nuestros días, no ya la lucha por el socialismo, sino incluso las luchas por la defensa del salario, las condiciones laborales o la reducción de la jornada de trabajo reclaman inmediatamente una perspectiva regional y a menudo internacional. Es otro desafío clave de la teoría y la práctica socialistas actuales la construcción de un nuevo internacionalismo que adoptará modalidades diferentes a las conocidas en el pasado.

El tercer problema se refiere al propio sujeto revolucionario. Marx construye la noción de clase como sujeto autoemancipatorio a través de distintos niveles de abstracción y arriba a la identificación de la clase trabajadora como sujeto revolucionario. "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria". Esto no significa, claro, que el sujeto inmediato de la lucha socialista sea idéntico sin más a la clase trabajadora. El sujeto efectivo es, en el Manifiesto, una alianza de clases acaudillada por la clase trabajadora, debido a la centralidad política que reviste, pero integrada también por otras clases y fracciones de clases

subordinadas: sectores medios en vías de proletarización, comerciantes, artesanos, campesinos. Pero nos encontramos aquí ante un nuevo problema. Si definimos el sujeto revolucionario atendiendo exclusivamente a determinaciones de clase, y relacionamos estas determinaciones de clase exclusivamente con criterios de explotación económica, entonces esta definición del sujeto parece desconocer las potencialidades revolucionarias de otros sectores de la sociedad que son víctima de incontables mecanismos de opresión social y dominación política. Sectores que se definen por determinaciones de género, etnicidad, nacionalidad, religión, etc. La solución que muchos intelectuales de la nueva izquierda encontraron a este dilema consistió en definir al sujeto (a los sujetos: los “nuevos movimientos sociales”) meramente como un espectro de sectores explotados, oprimidos y dominados. Esta solución, sin embargo, sacrifica la centralidad política del trabajo. Pero la definición del sujeto revolucionario que encontramos en el Manifiesto, si bien no contempla explícitamente a esos otros sectores oprimidos y dominados, tampoco los excluye. Es decir: no existe ningún

aspecto de esta definición que conceptualmente resulte incompatible con la consideración, hoy imprescindible, de estos sectores oprimidos y dominados, aún cuando los mecanismos de opresión y dominación que pesan sobre los mismos resultaran irreductibles a la explotación económica. La manera de articulación de las clases y fracciones explotadas con otros sectores oprimidos y dominados por el capitalismo sigue siendo un desafío para la teoría y la práctica socialista de nuestros días.

De estos desafíos, entre otros, depende la actualidad del socialismo. Del Manifiesto, como de otros testimonios de la lucha revolucionaria del pasado, puede certificarse apresuradamente la defunción —o hacerse una lectura dogmática: ambas coinciden en enterrarlo— o bien puede hacerse una lectura crítica. La lectura crítica quiere avanzar, no retroceder: busca aportar a la politización de la lucha de clases, a la intensificación de la solidaridad internacionalista, al enriquecimiento del sujeto revolucionario. 150 años después, es la única lectura auténticamente socialista.

Buenos Aires, marzo de 1998.